



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MOHAMED LEMRINI

EL-OUAHHABI

Viajar en club

Edición impresa

Mohamed Lemrini El-Ouahhabi, *Viajar en club* (2007)

En

EntreRíos («Al Ándalus: El paraíso»). Granada: número 4-5, junio 2007.

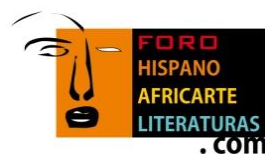
Edición digital

Mohamed Lemrini El-Ouahhabi, *Viajar en club* (2011)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D
«Literaturas africanas en español. Mediación
literaria y hospitalidad poética desde los 90»
(FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Viajar en club

Mohamed Lemrini El-Ouahhabi

Volvía yo de Sevilla, donde pasé casi dos días participando en un coloquio sobre comunicación o, mejor dicho, sobre la incomunicación, o sobre el déficit de aquella entre Marruecos y España. Mi tren debía salir de Santa Justa a las cinco de la tarde; como con los toros, a las cinco en punto de la tarde. El azar, el tráfico y/o las obras, han querido que pierda mi AVE por un insignificante minuto. La puntualidad a veces gasta bromas muy macabras, como a continuación.

En la estación me dirigí al mostrador con el propósito de encontrar sitio en el siguiente tren con destino a Madrid. Una guapa azafata me sella el billete y me señala una cola formada por cinco personas.

—En las ventanillas 3 y 4 conseguirá un nuevo billete —me comenta.

Una vez ante el dependiente (y después del reglamentario «buenas tardes») le comento mi deseo. Sin levantar la mirada de la pantalla de su ordenador, se pone a clicar con el ratón y a acariciar suavemente su teclado y me comenta que «la cosa está muy mal». Resulta que los dos siguientes trenes estaban totalmente ocupados y que habría que ver lo que quedaba en el tren de las siete. Después de un rato dice:

—Creo que va a tener usted suerte, pero una suerte sólo relativa.

—¿Por qué? —le contesto.

—Queda una última plaza, pero es en la clase club. El billete cuesta 127,10 € y, con el descuento que le corresponde, deberá usted abonar 82,75 €.

—Bueno —respondo—, que todo sea por volver a casa.

El hombre se pone a tramitar el billete mientras yo sacaba la tarjeta VISA para abonar la factura. Pensé que tampoco estaría mal viajar una vez en club. Además, como apenas había gastado algún euro en este viaje y no había más remedio, pues vamos a disfrutar del trayecto y en paz.

Después de comprar el *Correo de Andalucía*, donde había una foto de la mesa que compartí la tarde del día anterior con varios colegas de la profesión periodística, busqué una mesa en la terraza de la cafetería para tomar el café que no pude saborear por las prisas, después de la exquisita comida que realicé con un representante del Consulado, el hijo de un ex compañero mío de estudios que conocí precisamente el día anterior durante el coloquio, y un amigo del primero. A todo esto, mi tren salía dentro de una hora y media y tocaba hacer tiempo.

La verdad es que no se me hizo larga la espera. Tranquilamente me tomé el descafeinado con hielo y un vaso de agua; mientras, leí el periódico y escribí cuatro pensamientos para el trabajo que había iniciado ya hacía un mes y que tenía un poco arrinconado por falta de tiempo.

A las siete menos veinte, decididamente cogí mi maletín, mi periódico y mi cuaderno de notas y me dirigí a mi nueva aventura; subir a un vagón lleno de *yupis*.

Describiré el habitáculo. Son pequeños compartimentos aislados, sin puerta, donde caben cuatro personas sentadas las unas enfrente de las otras de dos en dos, separadas por una mesita medio abatible. Calculo que habría unas seis o siete divisiones semejantes en ese vagón. Estaba todo tan aprovechado que, al otro lado (y a lo largo de todo el pasillo), había unas pequeñas mesas con dos butacas cada una para acomodar a más *yupis*.

Llegué el primero al compartimento 4 y, antes de acomodarme en el asiento «D» mayúscula que me correspondía, una azafata me dio la bienvenida y me ofreció una bandeja llena de bebidas. Cogí una copita de champagne, aunque personalmente hubiera preferido que fuera de cava, sin estar nada de acuerdo en que el IVA fuese a parar sólo a Cataluña, y me dispuse a colocar mi maletín en la estantería. Saqué el libro que me regalaron unos conocidos en Sevilla sobre un combatiente marroquí de los años cuarenta y cincuenta, lo coloqué junto a mi inseparable cuaderno de notas, me quité la chaqueta y me dispuse a relajarme.

Cinco minutos más tarde llegaron las dos primeras personas que debían compartir conmigo el compartimento y, sin decir ni *mu*, ocuparon los sillones disponibles enfrente de mí. Una escuálida joven, recién licenciada, con grandes e inquietos ojos a los que no se les escapaba nada ni nadie, y un cuarentón trajeado, encorbatado y desaliñado. Colocaron sus maletines en la repisa, los teléfonos móviles sobre la mesa y tomaron asiento. La azafata se acercó con la bandeja de bebidas: un vaso de agua para ella y un zumo extra dulce para él, mientras tanto yo seguía hojeando el periódico.

La escuálida se puso a hablar por teléfono, al mismo tiempo que su compañero sacaba un ordenador portátil de una pequeña funda. Lo encendió y no se separó de él hasta llegar a nuestro destino, la Puerta de Atocha.

El vagón se iba llenando poco a poco. Se ocuparon los dos asientos de fuera por dos desconocidos. Un grandullón con perilla, que no cesó durante todo el viaje de manipular un pequeño ordenador-teléfono de tercera generación por el cual recibía también, de vez en cuando, llamadas telefónicas que contestaba sin moverse del asiento, desoyendo el comentario repetido ya cuatro o cinco veces por los altavoces, rogando a los viajeros que utilizaran los teléfonos móviles sólo en las plataformas entre los vagones. El otro pasajero, a quien no identifiqué bien por encontrarse su asiento en la misma línea que el mío, se pasó todo el tiempo leyendo un libro que tampoco reconocí.

El asiento contiguo al mío seguía vacío, incluso cinco minutos después de haber arrancado el tren. Otro que, al igual que yo, ha debido perder el tren y que se verá seguramente en apuros para poder volver a casa esta tarde, pensé. Pero resulta que me equivoqué. Al poco rato, otro cuarentón, esta vez bien trajeado, bien encorbatado y aliñado se paró ante nosotros mientras hablaba por teléfono, o eso supuse porque tenía las dos manos ocupadas, ya que portaba cosas en ambas. Debía de hablar por el manos libres. Se acomodó y comenzó a leer un periódico de distribución nacional.

Pasados unos instantes me quedé amodorrado escuchando mi mp3, hasta que me despertó la azafata ofreciéndome la cena. Miré la hora, no eran las ocho, un poco temprano para mí y pensé que mejor era cenar en casa, sobre todo porque llevaba un *taper* con un delicioso salmorejo, que tanto nos gusta en casa, y que me regaló el amigo de mi anfitrión. Decliné la invitación de la azafata y me sumergí en mi periódico, intentando descifrar varias de las cuestiones políticas recogidas en sus páginas.

La joven escuálida y mi compañero de al lado comenzaron su cena (caldo bien caliente y revuelto de setas o algo así). El desaliñado se pidió otro zumo extra dulce y yo una cerveza.

Media hora después, al aliñado de mi derecha le sonó el teléfono, lo cogió para responder y se puso de pie para abandonar el compartimento, no volviéndose a dejar ver hasta unos segundos antes de que el tren parase en Atocha. Tiempo después descubrí que se había pasado todo el tiempo en la plataforma entre los vagones hablando por teléfono.

El panorama en el compartimento era aburrido y tenso. No se intercambiaba ni palabra, todo lo contrario que en el viaje de ida, en clase turista, donde las cinco señoras cincuentonas que me rodeaban se lo pasaban pipa, y yo con ellas, hablando de todo lo que vivieron en Madrid en los dos días anteriores, mientras asistían a una feria sobre no sé qué actividad.

Todo esto me recordó un hecho que había tenido lugar, hacía ya bastantes años, con un director comercial. Un agente marketiniano de una gran empresa dedicada a las audiencias de los medios de comunicación. Al individuo en cuestión le había invitado a mi clase para que hablara a mis alumnos de cómo averiguaba su empresa los datos de la audiencia y casi me deja tirado y en ridículo ante mis alumnos de Publicidad y Relaciones Públicas.

El hombre no debió calcular bien el tiempo que le llevaría el traslado en coche hasta mi universidad, debió salir tarde o se equivocó de carretera. La verdad es que no me quedó nada claro, pero de todas formas llegó con media hora de retraso a la cita. Al entrar en clase no se excusó ante nadie porque, según él, llegaba con puntualidad anglosajona. Extrañado de tal comentario empecé incluso a dudar de la hora de nuestra cita y decidí comprobarlo leyendo el correo electrónico que le había enviado. Realmente, es un insulto para cualquier profesional poner en duda el control que tiene sobre el horario de su trabajo y los profesores solemos tener horarios fijos e inamovibles, por lo menos durante un semestre entero. La verdad es que la cosa no me importó demasiado aunque me molestó de entrada. Además, mis alumnos, que conocían mi puntualidad, se extrañaron enormemente del comentario de este invitado a quien justificamos pensando en que era un pobre hombre que se creía que el mundo giraba a su alrededor, cuando realmente no era más que una marioneta que giraba en un universo infinito como todos.

Quería estirar un poco las piernas y tenía sed. Y visto el panorama, me levanté para ir al lavabo. Para hacer tiempo, me encaminé hacia el vagón-cafetería que estaba lleno de vida y de

actividad. Había dejado mi asiento en la clase superior con comida y bebida gratis, y me vine para juntarme con la *plebe*, *recibiendo codazos* y pagando las consumiciones.

Por fin me encontraba en un habitáculo normal, con gente sonriente, amable y afable. Gente que sabía dónde se encontraba y que no era lo más importante del mundo. La cabeza sobre los hombros, la mente despejada y el corazón lleno de sentimientos y buenas ilusiones. Gente con quien rápidamente me identifiqué, cosa que me tranquilizó enormemente y por ello decidí no volver a mi asiento hasta que el tren alcanzase su destino final, prometiéndome no volver a aceptar jamás un billete en club, aunque fuera regalado.